

**Haciendo memoria. Una interpretación sobre el significado de la evocación
histórica en los medios de comunicación.**

Gloria García González
Facultad de Comunicación
Universidad Pontificia de Salamanca

Hacer memoria no es recordar, como *echar al olvido* no es simplemente olvidar. Al contrario que recordar u olvidar, hacer memoria y echar al olvido dependen de la voluntad -individual o colectiva- porque su dimensión instrumental las orienta al futuro más que al pasado. Hacemos memoria de algo cuando nos esforzamos por traer al presente aquello que, sin desearlo, en un momento dado olvidamos, y que hoy y en el futuro más próximo nos puede ser útil para alcanzar un fin. En paralelo, echamos al olvido aquello que, estando bien presente en nuestra memoria, decidimos dejar de lado para que no interfiera en el presente ni en nuestras expectativas de futuro.

En la esfera social ocurre del mismo modo. Con frecuencia, los medios, además de realizar constantes incursiones en el pasado para dar sentido a la información actual, pretendiendo que el pasado otorgue inteligibilidad a lo que en el presente sucede, recurren al pasado movidos por una suerte de *misión histórica* consistente en actualizar y divulgar el conocimiento de lo ocurrido en un tiempo pasado haciendo memoria de episodios, procesos o figuras históricas que pudieran dar respuesta a inquietudes nuevas.

La difusión de episodios históricos diversos se justifica entonces a través de una presunta vocación didáctica orientada sencillamente a hacer presente un pasado no bien conocido. Como verdaderos *agentes de la memoria*, los medios y otros actores sociales se adentran en el pasado con el firme propósito de traer al presente episodios y sujetos históricos silenciados, ignorados, otorgándoles la voz y la visibilidad que durante largo tiempo pudieron haberles sido negadas. De este modo, los medios, tanto como el cine, la literatura o asociaciones cívicas diversas, consiguen afirmar entre su audiencia la conciencia política y cultural de pertenecer a un *nosotros*, socialmente diferenciado en el interés por rehabilitar, desde la defensa de unos mismos valores y una similar lectura del pasado, el reconocimiento público de quienes durante largo tiempo carecieron de él.

Así pues, la necesidad de construir la memoria histórica brota siempre del rechazo hacia el conocimiento del pasado tal como ha sido recibido, y se presenta como una forma de discurso sobre el tiempo pasado dotado siempre de finalidad cuyo interés no es el del simple conocimiento, sino el de la ejemplaridad, la legitimidad, la conmemoración y la identidad (LAVABRE: 2006, 44). Presupone, por tanto, una quiebra en la transmisión del discurso heredado, al que se desecha por caduco y, sobre todo, por incompatible con los requerimientos ideológico-políticos del presente. El hilo de la tradición discursiva se rompe entonces por razones diversas. Fernández Buey habla de una natural “incomunicación entre generaciones” que debilitaría la transmisión de la memoria vivida (FERNÁNDEZ BUEY: 1998, 198), y Yosef H. Yerushalmi habla de una particular forma de *ruptura social* cuando la generación poseedora del pasado no lo transmite a la siguiente o cuando ésta rechaza lo que recibió o, a su vez, deja de transmitirlo (YERUSHALMI: 1998, 18). Esta clase de *olvido* comporta la pérdida de un pasado, además de debilitar el sentido profundo de pertenencia que ata a los individuos con su comunidad. A este tipo de fractura también se refiere Santos Juliá cuando relata cómo a finales de los cincuenta en España se quebró un tanto la “comunidad de memoria” que hasta entonces había integrado a los vencedores de la guerra civil y a sus hijos, a partir del momento en que una parte de éstos comenzó a repudiar la épica institucional de la guerra sin posibilidad alguna de construir una alternativa propia. Para eso habría que haber roto el silencio impuesto en 1939 entre los vencidos (JULIÁ: 2006, 7), que no sólo les privó del uso público de la palabra, sino que les sumió, como en tantos otros países que sufrieron las consecuencias de una dictadura militar -Chile, Argentina...- en el más absoluto de los silencios privados. La necesidad de callar, también en privado, se asumió entre los vencidos como el tributo forzoso a la necesidad de sobrevivir a la tragedia.

Con frecuencia, hemos tenido ocasión de observar cómo la recuperación del orden democrático ha comportado también otras formas de silencio. Ese fue el caso de Alemania, donde tras la Segunda Guerra Mundial el generalizado sentimiento de vergüenza nacional impuso el silencio como una forma de repudio a lo vivido entre 1933 y 1945; o en España y tantos otros países de América Latina, donde por razones tácticas, bien se aprobaron leyes de punto final, bien se acordó institucionalmente la

inconveniencia de “remover los fantasmas del pasado” en aras de una deseable reconciliación nacional.

Frente a ese *desideratum*, y superados ya los requerimientos tácticos de entonces, aquellos que no sufrieron directa o conscientemente el trauma de guerras y dictaduras reabren las puertas que se cerraron en falso veinte años atrás. Y con ellos aparecen interrogantes nuevos y deseos colectivos de que se “haga justicia”, al menos, mediante el reconocimiento público de las víctimas de la tragedia y la reparación igualmente pública de su memoria. Se trata de un proceso de carácter eminentemente moral que una parte la ciudadanía reclama de manera pública con el objetivo de rehabilitar el nombre y la experiencia de las víctimas con el fin de recuperar, a través de su dignidad, la de toda la sociedad.

En ese proceso, los medios de comunicación suelen desempeñar un papel decisivo. Un ejemplo lo tenemos en Alemania, cuando el 6 de junio de 1986 el historiador Ernst Nolte eligió el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* para lanzar desde él lo que después se consideró una auténtica bomba dialéctica (MEES: 2006, 13). En su artículo titulado “El pasado que no quiere pasar” negaba la singularidad del régimen nacionalsocialista, argumentando que el auge del fascismo alemán no fue más que una reacción defensiva contra la amenaza expansionista del estalinismo. Habermas reprochó a Nolte y a los revisionistas que le secundaron haber tergiversado la historia con fines claramente políticos, inducidos por el Gobierno conservador de Helmut Kohl, que por entonces defendía la necesidad de recuperar una “sana identidad nacional” sin la que el pueblo alemán y su Estado no tendrían futuro.

Así se desencadenó lo que hoy, internacionalmente, se conoce como el *Historikerstreit*, un debate durísimo que, gracias al seguimiento mediático que alcanzó, trascendió la esfera académica para incorporar en él a amplios sectores de la ciudadanía alemana. Determinante, en este sentido, resultó la participación de ciertos estratos sociales y políticos y, a su cabeza, los sindicatos, los partidos liberales y de izquierda, las plataformas mediáticas y las organizaciones de estudiantes en torno a Rudi Dutschke (SAÑA: 2006, 15).

Veinte años después de que se desatara semejante polémica en Alemania, cabe destacar entre sus resultados la demostración de que la construcción de una memoria histórica crítica hacia una dictadura y sus crímenes requiere de tres condiciones básicas: la existencia de un debate académico sobre el tema, la implicación no partidista de las instituciones y la socialización del debate, de modo tal que, su perfecto acoplamiento acabara por hacer efectivo lo que tan exitosamente Paul Ricoeur designó como *devoir de mémoire*. Apuntaba Ricoeur que “en determinadas circunstancias, en particular cuando el historiador es confrontado con lo horrible, figura límite de la historia de las víctimas, la relación de deuda se transforma en deber de no olvidar” (RICOEUR: 2003, 118). Defendía con ello que el cometido del historiador, de índole esencialmente moral, consiste en saldar la deuda del olvido que la sociedad ha contraído en el presente para con las víctimas del pasado, a través de la única compensación posible, la de la memoria. Ahora bien, el problema surge cuando muchos historiadores se rebelan contra semejante responsabilidad, argumentando que su incursión en el terreno de la ética política nada tiene que ver con su natural función, la construcción, no de la memoria pública, sino del conocimiento histórico.

El recelo a arrogarse tal responsabilidad había surgido mucho antes en el marco de la *Historikerstreit*, cuando Jürgen Habermas, consciente de la deriva que estaba tomando la polémica, advirtió que lo que se estaba debatiendo era el *uso político de la historia* y no un asunto estrictamente científico. Evidentemente, tanto la causa que lo había desencadenado -una exigencia política- como el foro donde inicialmente se planteó -un periódico de amplísima tirada- refrendaban su aviso. También por entonces, historiadores como Eric Hobsbawm o Pierre Nora popularizaron la expresión *políticas de la memoria* para referirse al empeño de los estados nacionales europeos del XIX por construir y difundir “desde arriba” una visión del pasado pretendidamente legitimadora del estado de cosas presente.

Fue recién comenzados los noventa cuando el debate comenzó a discurrir por otros derroteros. Nicola Gallerano, desde la Universidad de Siena, propuso el estudio del *uso público del pasado* (GALLERANO: 1993) en vez del *uso político de la historia*, manejado unos años antes por Habermas. Aceptaba que se trataba de un concepto problemático, pero extraordinariamente sugerente por abrir el potencial de estudio histórico desde la esfera institucional a los dominios de la cultura política, a los medios

de comunicación, al cine, al teatro, las artes plásticas y la literatura, a los espacios urbanos y, naturalmente, también a la historiografía (PEIRÓ: 2004, 150). Fue Benedict Anderson quien por esos mismos años, pero desde el ámbito de la comunicación, propuso la exitosa fórmula de *comunidad imaginada* para referirse al nuevo espacio de interacción social en que se constituyeron los nuevos estados nacionales a través de la prensa de masas. La nación, argumentaba, emerge como un moderno trasunto de comunidad que a todos integra y a todos hace sentir iguales (ANDERSON: 1993). En definitiva, la investigación histórica parecía avanzar en el conocimiento de las políticas de la memoria ejecutadas en el pasado, más que en el compromiso intelectual de los historiadores por la construcción de la memoria histórica de sus coetáneos. Y así, la brecha abierta por Hobsbawm y Nora atrajo a multitud de historiadores ocupados en explicar las prácticas culturales por las que se ha procedido desde las esferas de poder a la invención de un imaginario oficial en las modernas sociedades occidentales.

Mientras tanto, las demandas sociales por reconstruir la memoria pública han llevado en los últimos años a no pocos historiadores a “practicar una lección judicial de la historia” (PEIRÓ: 2004, 152-157) que los elevaba a la condición de actores principales de un debate en el que el pasado parecía estar sustituyendo al futuro como escenario de confrontación política (BIRULÉS: 2002, 148). En medio de esta marea memorialista y editorial ha ido creciendo un “mercado officioso y autocomplaciente” donde la producción oportunista de “historiadores cortesanos” compite en las mesas de novedades con la investigación rigurosa de no pocos historiadores movidos por ese compromiso cívico del que hablaba Norbert Elias cuando se refería al intelectual que, sin renunciar al necesario distanciamiento de su oficio, se siente, sin embargo, agitado por su natural condición de ciudadano (ELIAS: 2002, 38) y, en consecuencia, movido por el propósito de “hacer de la lucha por la democratización de la memoria social, uno de los imperativos prioritarios de su objetividad científica, al objeto de que la memoria colectiva sirva a la liberación y no a la esclavitud de los hombres” (LE GOFF: 1988, 177).

Así pues, el legítimo compromiso de muchos historiadores, las demandas sociales, el mercado editorial, los intereses partidarios y hasta la vorágine mediática desatada en torno a la tan manida *recuperación* de la memoria histórica, han provocado el repliegue de otros tantos historiadores a un territorio más académico y mucho menos

popular, desde el que clarificar la borrosa frontera entre la Memoria y la Historia. En fecha ya tan distante como 1978 fue Pierre Nora quien determinó de manera bien sencilla que la Historia es fruto de la tradición científica, mientras que la Memoria es emanación del imaginario y las creencias colectivas (NORA: 1978). A partir de ahí, el aluvión de reflexiones llega hasta nuestros días. En general, subrayan el origen social o institucional de la Memoria y su profundo poso emocional: “la memoria aspira a mantener viva la relación afectiva con tal o cual acontecimiento que reviste un especial significado para quien recuerda” (JULIÁ: 2006, 4), [porque] “es una reconstrucción de las emociones, sentimientos y percepciones pasadas (LIRA:1998, 249) mientras, por su parte, destacan la racionalidad intrínseca de la Historia como “reconstrucción sabia y abstracta del pasado” y su independencia de vaivenes coyunturales e identitarios (AROSTEGUI: 2004, 27), dado que su pretensión crítica y laica no acepta que se le vede ningún terreno (JULIÁ: 2006, 4). En consecuencia, dos son los principales riesgos a evitar: uno, verse contaminado por la intensa carga emocional que soporta la Memoria y acabar convertido en lo que Ignacio Peiró llama un “desenterrador de muertos, elaborador minucioso de inventarios de testigos o exhaustivo rescatador de recuerdos” que acabe confundiendo la nostalgia, la melancolía o el duelo con las verdaderas categorías historiográficas” (PEIRÓ: 2004, 189); otro, el de hacer del celebrado *deber de memoria* una fábrica de leyendas (FABIUS: 2002, 212), un argumento partidista puesto por el historiador al servicio de los requerimientos de gobiernos y grupos políticos afines. Si a ello se le añade la dimensión mediática que de manera indisoluble va unida a la construcción y afirmación de la memoria histórica, no extrañará que haya quien advierta del peligro de que la fuerza crítica de la Historia acabe fagocitada en el espacio público por la gigantesca espectacularidad alcanzada por la memoria.

Y es que el papel desempeñado por los medios de comunicación de masas no se ha limitado al mero ejercicio de una labor de divulgación histórica, sino a la ejecución de una multiplicidad de funciones que, en el ámbito de la sociedad civil, erige a los medios de comunicación en influyentes actores públicos relacionados con la construcción de la memoria histórica de las sociedades contemporáneas. Que los medios de comunicación intervienen en la percepción que nos hacemos del mundo, no es hoy día cuestionable; que intervienen, en igual medida, en la percepción que del pasado hemos adquirido, pocos podrían ponerlo en duda. Los medios de masas, de manera rutinaria y constante, entretejen en sus agendas una superposición de tiempos históricos

que no parece corresponderse con la tónica adjudicación del exclusivo interés por esa extraña abstracción llamada *actualidad*. Vivimos, que diría Claudio Magris, en un “laberíntico presente que arroja sin descanso el pasado en el futuro” (MAGRIS: 1998, 135) y donde los tiempos se superponen de manera cotidiana.

Con frecuencia, como parte de la rutina informativa, los medios realizan incursiones en el pasado para dar sentido a la información actual, pretendiendo que el pasado otorgue inteligibilidad a lo que en el presente sucede. La labor documental se pone al servicio de la narración de los hechos con el firme propósito de dotar de sentido al suceso episódico. Al fin y al cabo, “nada puede ser considerado un acontecimiento si no resulta susceptible de ser integrado en una historia” (NIETZSCHE: 1988). El relato de *actualidad* hace posible, de este modo, la comprensión de lo que sucede y *nos* sucede en el presente, teniendo en cuenta que en la sociedad contemporánea se integran con naturalidad en la memoria individual las vivencias propias con aquello que sólo de manera vicaria un día fue conocido a través de los medios de comunicación. Nunca mejor que ahora se ha podido entender aquella máxima de Borges que decía “siglos de siglos y sólo en el presente ocurren los hechos, innumerables nombres en el aire, la tierra y el mar y todo lo que realmente pasa, me pasa a mí” (BORGES: 1993, 65), porque nunca con la intensidad de ahora los medios de masas han conseguido incorporar a *nuestra* memoria individual lo seleccionado en sus agendas como parte esencial del acontecer cotidiano, facilitando, de este modo, la construcción dirigida de una particular modalidad de *memoria colectiva*.

Lo acaecido en el espacio mediático pasa a formar parte de nuestra memoria colectiva, incorporando su propia interpretación y valoración de lo ocurrido en una suerte de *memoria mediática* masivamente compartida. Recordamos lo visto/oído/leído *como si* lo hubiéramos vivido porque de hecho, y en cierto modo, sí lo vivimos, y lo vivimos en lo que fue nuestro presente, desde nuestra condición de testigos mediáticos de aquel acontecer. La mirada de los medios se incorpora a la de un indeterminado colectivo de receptores que la hacen suya desde “un proceso cooperativo de interpretación que tiene como finalidad la obtención de definiciones de la situación que puedan ser intersubjetivamente reconocidas” (HABERMAS: 1987, 103). Así, entretejidos con las formas de vida dominantes en la sociedad, los medios de masas actúan como poderosos agentes de socialización secundaria (CRESPI: 1983, 69) y sus

contenidos, como base fundante del conocimiento público y principal horizonte de referencia para la mayoría social. En el último siglo los medios de masas han conseguido, de este modo, incorporar a *nuestra* memoria individual lo seleccionado en sus agendas como parte esencial del acontecer cotidiano, facilitando, de este modo, la construcción dirigida de una particular modalidad de *memoria colectiva*. Lo acaecido en el espacio mediático ha pasado a formar parte de nuestras propias *vivencias* y, en consecuencia, de nuestras memorias individuales, integradas desde la interpretación y valoración mediática en una suerte de *memoria mediática* masivamente compartida.

Ahora bien, de ese complejo proceso de socialización e interacción social, participa lo recientemente sucedido, como también lo acaecido varias generaciones atrás que, en este caso, es trasladado al presente no con finalidad documentalista, sino esencialmente cultural y política. El pasado se hace presente en las agendas mediáticas alcanzando con frecuencia niveles de extraordinaria *actualidad* porque el interés despertado en el presente por lo ocurrido en un tiempo pasado tiene sobre todo que ver con la necesidad de dar sentido desde el presente a unas favorables expectativas de futuro. Y es que desde que se esfumaron las utopías emancipadoras, el futuro dejó de dar sentido al devenir presente y el pasado ocupó su lugar, otorgando significado al presente vivido y al futuro por llegar. El porvenir dejó de ser teatro de confrontación política y el tiempo pasado tomó su puesto como agente legitimador de expectativas, privilegiado referente político y espacio -a veces feroz- de enfrentamiento ideológico. A este respecto, los medios incentivan -junto a otros agentes sociales y de poder político e institucional- la socialización de la ciudadanía en torno a esa extraña *actualidad* de la que ciertos capítulos del pasado forman parte. Podría hablarse, por tanto, de una particular forma de socialización cívica que tiene lugar en torno a lo sucedido tiempo atrás y que, en ningún caso fue vivido por la mayoría de la sociedad, aunque sí apropiado como la experiencia de un colectivo del que esa mayoría se siente parte integrante.

Respecto al procedimiento, los medios construyen una representación del pasado del mismo modo a como construyen una representación del presente. Se valen de recursos similares para conseguir el mismo efecto: la representación de lo acontecido, la espectacularización del suceso. La información, asentada sobre el principio del acontecer necesita de sujetos y de hechos, esencialmente. Lo episódico, lo discontinuo,

lo llamativo o lo fragmentario, tan usuales en la información de *actualidad*, se trasladan en su uso al tratamiento de un material que procede de un pasado más o menos remoto, de modo tal que se incorporan al saber social como parte ya elaborada de una memoria que, al igual que la memoria individual, es episódica, discontinua y fragmentaria, hecha de presencias, de retazos de acontecer, de sensaciones, de impactos emocionales, de sueños rotos, de logros finalmente alcanzados.

Si aceptamos que la memoria histórica cumple un importante papel en la fijación de referentes morales en la conciencia pública de la ciudadanía, su construcción es inseparable de un necesario juicio al pasado en el que los actores participantes, sean historiadores o periodistas, abandonan su puesto de observadores para convertirse en actores principales del debate público. Así pues, el indudable interés de los medios por hacer constantes incursiones en el pasado, muy especialmente ante la celebración de efemérides históricas de relevancia, es probable que tenga que ver, en primer lugar, con esa suerte de responsabilidad social asumida públicamente en la divulgación y explicación de tales hechos o etapas históricas; en segundo lugar, con la facultad cuasi omnímoda que alcanzan al *fijar* en la memoria pública el significado histórico de un hecho, un proceso o la relevancia de una persona a través de las páginas de un periódico o de minutos de un documental; y en tercer lugar, pudiera tener que ver con el propósito de constituirse en referentes principales de conocimiento y juicio histórico para su propia audiencia.

La memoria histórica actúa, además de como guía o norma de conducta, como decisivo instrumento de afirmación identitaria. Paul Ricoeur, en *Caminos de reconocimiento*, se pregunta “¿de qué modo el reconocimiento del pasado contribuye al reconocimiento de sí?” (RICOEUR: 2005, 123). La tradición durkhemiana concebía la memoria colectiva como un hecho social que confiere identidad a los individuos y a los grupos. Aunque como apunta Adela Garzón, quizás el problema esté en pensar que nuestra identidad se establece en los actos del recuerdo, en lugar de aceptar que es la identidad la que nos lleva inevitablemente a reconstruir nuestro pasado. Desde esta óptica, los acontecimientos y experiencias anteriores se reinterpretarían en función de las exigencias del presente. Más aún, la tarea por hacerse con un acopio de memoria común se pondría en marcha cuando se hiciera necesaria la reorganización del pasado para adaptarla a las metas y expectativas actuales (GARZON: 1998, 22).

Hay por tanto, un extraordinario interés de los medios, no tanto por *rescatar* la memoria, sino por *hacer memoria*, es decir, por construirla en el presente a partir de aquel material, de aquellas experiencias del pasado que una parte de la ciudadanía pudiera llegar a reconocer como propias y en las que pudiera *reconocer* un pasado que le *pertenece*, porque *siente* que es el pasado del que, como colectivo cívico, procede. Se da en este proceso una interesante apropiación del pasado desde el presente con el doble propósito de enarbolarlo como referente socio-histórico de aquellos que sienten un vínculo afectivo e identitario con él, así como de divulgarlo como fuente de procedencia desde la que se desea seguir avanzando en el futuro.

En plena era de globalización económica y cultural, la integración en lo fragmentario se presenta como una forma de supervivencia, un modo de seguir *siendo*, de poder afirmarse en medio de una *absolutizadora* uniformización, una forma de resistencia, en suma. Esa necesidad viene acompañada por la urgencia de afirmarse como distintos, de indagar en las señas de identidad más diferenciadoras, de sumergirse, en fin, en las huellas de un pasado que dé sentido a una forma de ser y de sentir el presente. Saberse originarios de un pasado común afianza lazos, cohesiona intereses, vincula emocionalmente a quienes se sienten parte de un mismo colectivo. Por eso, la memoria no se rescata, se construye en un complejo proceso de apropiación político-cultural en cuyo transcurso el grupo hace suya una parte del pasado que siente afectivamente como propia. *Haciendo memoria*, el grupo también *se hace a sí mismo*, afirmando una identidad derivada, en parte, de la experiencia de los que destaca como referente histórico y portadores de los principios éticos que han de informar el presente.

Este proceso requiere de investigación histórica, pero no sólo de ella. La proyección mediática de lo investigado, la construcción de relatos de ficción -literarios, cinematográficos-, la divulgación de testimonios fotográficos o la emotiva exhibición de objetos no persigue sino la sensibilización pública, la creación de un clima emocional favorable a interiorizar aquello de lo que formamos parte y aquello que reconocemos como *nuestro*. No es extraño que la forma narrativa sea la elegida para materializar en forma de relatos, de historias, aquello que ha de reconocerse públicamente como memoria histórica, dado que el relato afianza la percepción lineal y más simplificada del tiempo: del pasado recobrado se deriva el presente y se camina hacia el futuro. Una

concepción temporal que va indisolublemente unida a una concepción esencialista del sujeto colectivo, mediante la cual la suma de identidades individuales que lo constituyen proceden del mismo pasado y caminan desde el presente en pos de un mismo futuro.

No se trata, pues, de *rescatar* ninguna memoria por la sencilla razón de que “constituye un grueso error, tanto teórico como práctico, manejar una imagen rígida del pasado, como si fuera un territorio por descubrir o una propiedad por guardar” (CRUZ: 2002, 19). Los medios, entre otros agentes sociales e institucionales no rescatan nada, seleccionan de entre el cúmulo de nombres, episodios, procesos habidos en el pasado aquellos con los que interesa preservar un vínculo afectivo e identitario. Los medios, proceden, así, a una modalidad de *agenda setting* no suficientemente investigada, y cuyo resultado directo es el deslinde entre lo que merece ser recordado y lo que ha de permanecer en el olvido.

No se procede a ningún recuerdo, sino a una rememoración, es decir, desde un enfoque freudiano, a un *trabajo* consistente en el esfuerzo por traer al presente lo que un día fue enterrado por las resistencias de la represión. No suelen los medios eludir esa dimensión *liberadora*, dado que, al hacer público aquello que un día fue silenciado u oculto, están concediendo voz y otorgando visibilidad pública a lo que nunca lo tuvo, porque es bien sabido que hoy la memoria “es una cuestión de visibilidad” (RAMONEDA: 2006, 13). El asunto, sin embargo, está en que al hacerlo, los medios cumplen el *deber de memoria* del que hablara Paul Ricoeur para con los muertos, los represaliados, las víctimas, en fin, de cualquier tragedia histórica, pero también un deber no menor para con la sociedad civil de la que forman parte y que, llegado el momento, se siente deudora también del derecho a saber y del derecho a ver lo que le había sido negado.

Llevando a la práctica esa particular libertad expresiva, los medios estarían al tiempo conquistando para los ciudadanos un no menos particular derecho a la información, en este caso, sobre un pasado no suficientemente reconocido que, por mor de la actuación periodística, queda al descubierto y definitivamente liberado de la represión del silencio. Se libera una parte del pasado y, haciéndolo, se contribuye a la emancipación moral del presente, que quedaría, a su vez, liberado de los tabúes sociales -que no académicos- que pesaban sobre el conocimiento histórico. Desde el

convencimiento del mandato público al que se someten, los medios estarían ejecutando su labor memorialística como una suerte de requerimiento cívico, imprescindible para elevar la calidad democrática del sistema. Teniendo en cuenta que el libre ejercicio de la expresión, junto al reconocimiento del derecho a saber, actuarían en beneficio de la socialización del debate sobre una parte del pasado, el *hacer memoria* trascendería el mero ejercicio de selección de aquello que merece ser recordado para convertirse en un proceso cooperativo del que podrían acabar participando agentes sociales diversos.

Y todo ello para conjurar el silencio público, para participar de esa construcción del imaginario colectivo en la que se embarca toda sociedad generación tras generación, y cuya observación permite establecer fiables marcadores no tanto de lo que una sociedad o un colectivo fue en el pasado, sino de lo que esa sociedad o ese colectivo es en el presente y quiere ser en el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Benedict: *Imagined Communities*, Verso, London, 1993.

Aróstegui, Julio: “Memoria, memoria histórica e historiografía. Precisión conceptual y uso por el historiador”, en *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea. La Memoria del Pasado.*, n. 3, 2004, pp. 15-36.

Birulés, Fina: “La crítica de lo que hay: entre memoria y olvido”, en Cruz, Manuel (comp.): *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Paidós, Barcelona, 2002, pp. 141-149.

Borges, Jorge Luis: *El jardín de los senderos que se bifurcan*, Bibliotex, Barcelona, 1993.

Crespi, F.: *Médiation symbolique et société*, Librairie des Meridiens, 1983.

Cruz, Manuel: “El pasado en la época de su reproductibilidad técnica”, en Cruz, Manuel (comp.): *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Paidós, Barcelona, 2002.

Elias, Norbert: *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*, Península, Barcelona, 2002.

Fabius, Laurent: “El deber de gobernar”, en Barret-Ducrocq, François (dir.): *Por qué recordar*, Foro Internacional Memoria e Historia, Ed. Granica, Barcelona, 2002, pp. 209-213.

Fernández Buey, Francisco: “Democracia y memoria histórica”, en Cuesta Bustillo, Josefina (ed.): *Memoria e Historia*, *Ayer*, n. 32, 1998, pp. 195-201.

Gallerano, Nicola: “La memoria pública del fascismo e dell’antifascismo”, en Calchi, G. et al.: *Politiche della memoria*, Manifestolibri, Roma, 1993, pp. 7-20.

Garzón, Adela: “Individualismo psicológico y memoria colectiva”, en Páez, Darío y otros: *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*, Univ. del País Vasco, 1998, pp. 17-27.

Habermas, Jürgen: *Teoría de la acción comunicativa. I*, Taurus, Madrid, 1987.

Juliá, Santos: “El franquismo: Historia y Memoria”, *Claves*, n. 159, pp. 4-13.

Juliá, Santos: “Bajo el imperio de la memoria”, en *Revista de Occidente*, n. 302-303, julio-agosto, 2006, pp.7-19.

Lavabre, Marie Claire: “Sociología de la memoria y acontecimientos traumáticos”, en Aróstegui, Julio, Godicheau, François (eds.): *Guerra civil. Mito y memoria*, Marcial Pons, Madrid, 2006, pp. 31-55.

- Le Goff, Jacques: *Histoire et Mémoire*, Gallimard, Paris, 1988.
- Lira, Elizabeth: “Recordar es volver a pasar por el corazón”, en Páez, Darío y otros: *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*, Univ. del País Vasco, 1998, pp. 247-263.
- Magris, Claudio: *Itaca y más allá*, Huerga y Fierro, Madrid, 1998
- Mees, Ludger: “El pasado que no quiere pasar”, *El País*, 15 de septiembre de 2006, 13.
- Nietzsche, Friedrich: *Consideraciones intempestivas*, Alianza, Madrid, 1988.
- Nora, Pierre: “Mémoire collective”, en Le Goff, Jacques (dir): *La Nouvelle Histoire. Les encyclopédies du savoir moderne*, Retz, Paris, 1978.
- Peiró Martín, Ignacio: “La opinión pública y los historiadores: memoria, historiografía y política”, en Forcadell, Carlos et al. (eds.): *Usos de la Historia y políticas de la memoria*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 145-165.
- Peiró Martín, Ignacio: “La era de la memoria: reflexiones sobre la historia, la opinión pública y los historiadores”, *Memoria y civilización*, n. 7, 2004, pp. 243-294.
- Peiró Martín, Ignacio: “La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea”, *Ayer*, n. 53, 2004, pp. 179-205.
- Ramoneda, Josep: “El derecho a ser visible”, *El País*, 23 de julio de 2006.
- Ricoeur, Paul: *La memoria, la historia, el olvido*, Trotta, Madrid, 2003.
- Ricoeur, Paul: *Caminos del reconocimiento*, Trotta, Madrid, 2005.
- Saña, Heleno: “¿Somos analfabetos políticos?”, *El País*, 18 de octubre de 2006, 15.
- Yerushalmi, Yosef Hayim: “Reflexiones sobre el olvido”, en Yerushalmi et al.: *Usos del olvido*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1998, pp. 13-26.